

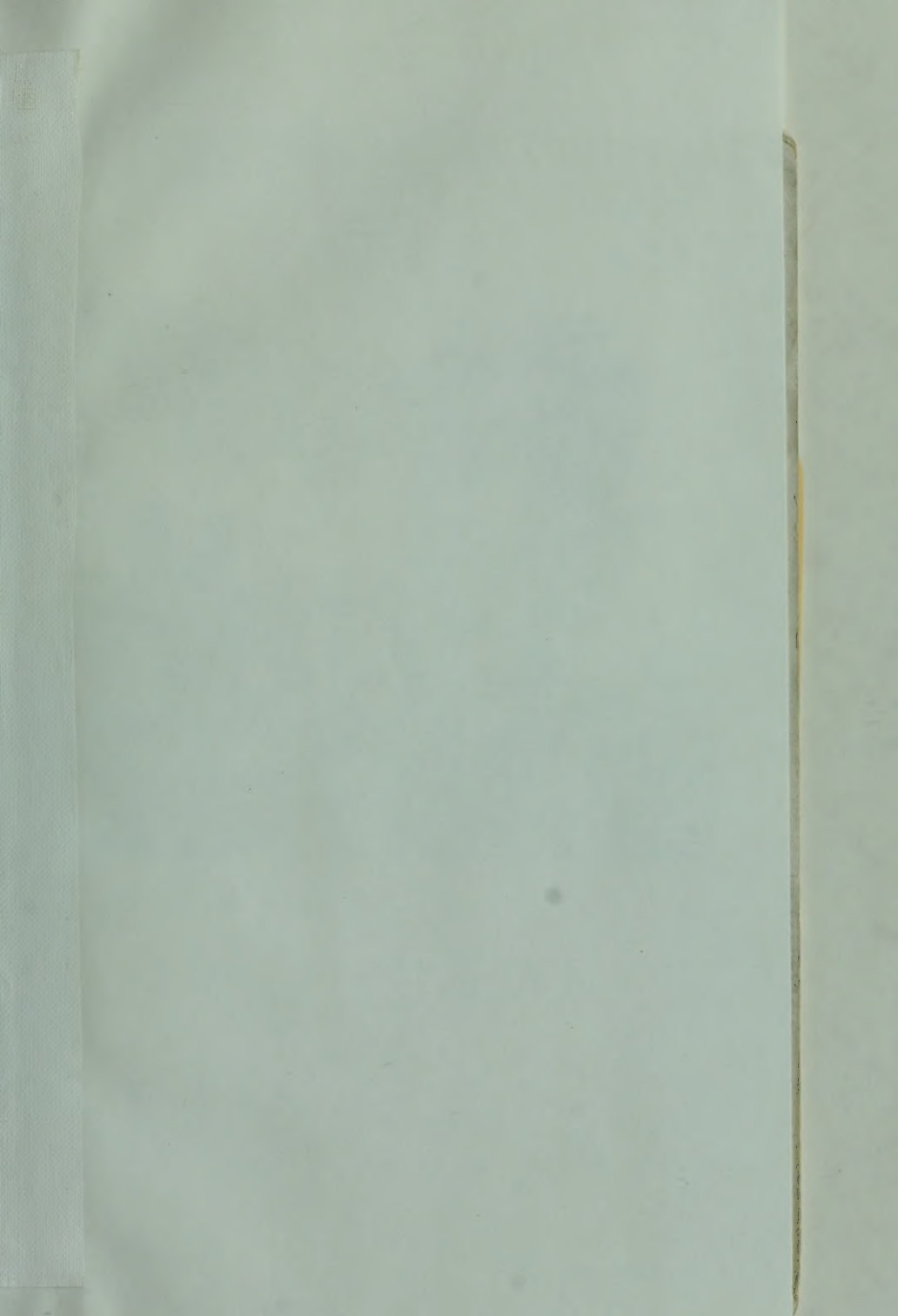


3 1761 06639774 6

Insua, Alberto
Tres líneas del "Matin"

PQ
6617
N8T7
1913
c.1
ROBA







Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

BARTOLOZZI

123

109905616027



ALBERTO INSUA

TRES LINEAS

DEL

“ MATIN ”

RECAT

2876

EL LIBRO
POPULAR

20 céntimos

GACETILLA SEMANAL cribieron una protesta en la

Un nuevo príncipe Después del príncipe de la poesía, M. Paul Fort, quien ostenta el título principesco por su poema *Los ojos*, hemos asistido á la consagración del príncipe de los pensadores.

El príncipe de los pensadores se llamó Pedro Brisset, y antes de pensador fué capitán de la Remonta en una provincia lejana. Un día descubrió que él era un profundo filósofo; y así lo comunicó á gran número de personalidades extranjeras y nacionales.

Hoy domingo, 13 de Abril, ha hecho su entrada en París el príncipe de los pensadores. He aquí cómo relata esta entrada triunfal un periódico:

«A mediodía, en la sala de la estación de Montparnasse adornada como si se tratase de un verdadero soberano, fué recibido por los miembros de las sociedades de sabios de todo el mundo. Desde allí, la comitiva se dirigió á la plaza del Panteón, en donde el príncipe estuvo meditando durante algunos minutos delante de la estatua «El pensador», de Rodin, escena que el cinematógrafo tomó para la posteridad. Luego el príncipe visitó las redacciones de algunos periódicos, y por último, el gran filósofo se retiró á descansar para la conferencia que ha de dar esta noche negando las teorías de Darwin sobre la descendencia del hombre y afirmando que el origen del hombre es la rana.»

Los lectores supondrán que esto es una broma, y que el Sr. Brisset es un desgraciado que sirve de distracción á unos cuantos jóvenes de buen humor. Nada de eso; con una ceremonia parecida fué proclamado príncipe de la poesía española Rubén Darío. Y ¿quién duda de que Rubén Darío merecía tal título? Sólo Salvador Rueda y Narciso Díaz de Escovar pondrían reparos. Aquí en París, es cierto que cuando la coronación de Rubén Darío hubo algunos españoles y americanos que es-

que hacían constar que desde Zorrilla á acá no había sido coronado príncipe de la poesía española poeta alguno, y que ellos no aceptaban el principado de Darío. Este documento fué llevado á *Le Matin* para su publicación, y el redactor jefe dijo á los comisionados:

—¿Quién era Zorrilla? ¿En dónde le coronaron? ¿Había en el acto de la coronación algún francés? Miren ustedes; lo que se hizo en Granada sin participación de Francia no tiene interés para mis lectores. En cambio esa coronación hecha en el barrio latino y por franceses tiene tanta fuerza, que aunque, ustedes no quieran, han de conformarse con ese príncipe.

Sería conveniente que antes de que los franceses nos adjudicaran un príncipe de los pensadores los escogiéramos nosotros. Porque si en la elección de Darío estuvieron acertados, ¿quién sabe si en la próxima no nos impondrían como príncipe pensador á Cristóbal Botella. Cristóbal Botella tiene automóvil, la legión de Honor y mucho metimiento en la Embajada, y de un hombre que posee todas esas cosas se puede creer que tiene aunque todavía no lo haya demostrado.

Pero se me ocurre la duda que tendrán todos los españoles que lean esta crónica; ¿á quién escoger príncipe de los pensadores en España? Un hombre que no haga otra cosa que pensar es muy difícil encontrarlo. Como no sea D. Torcuato Luca de Tena, mi querido amigo, yo no veo otro. Ya saben ustedes que D. Torcuato se pasa la vida pensando y por eso no le queda tiempo para escribir artículos en sus periódicos. Yo propongo su candidatura, pero si creen ustedes que hay otro con mayores méritos dí-

Javier Brea

bre.

Paris, 18 de Abril de 1913.]

EL LIBRO POPULAR

Núm. 16.—22 Abril 1913

Tres líneas del "Matin,,

MADAME González y Mademoiselle Lolita llegaron á París muy pálidas, muy tristes y completamente arruinadas, una noche de Junio de 1903. Venían desde la Habana, por Saint-Nazaire, aún como «personas ricas», en primera clase, sin escatimar propinas y con un séquito profuso de baúles y sombrereras, de cestos y de jaulas. Madame González traía un sinsonte y Mademoiselle Lolita un loro. El sinsonte no llegó á lanzar en París sus trinos del trópico: Murió en la estación de Montparnasse de nostalgia y de asfixia. El loro, con el tiempo, aprendió á hablar francés.

No fué el sinsonte lo único que París destruyó aquella noche. Las dos viajeras así lo comprendieron. Y en la penumbra del fiacre que las conducía hacía un hotel, una de ellas pronunció las siguientes palabras entre proféticas y burlonas:

—Hija, podemos decir adiós á lo que fuimos. Se acabó doña Caridad Solórzano, viuda de González, y se acabó Lolita

Solorzano y Agüero. A mí me llamarán Madame González y á tí Mademoiselle Solórzano, ó Mademoiselle Lolita, que les resultará más fácil á estos demonios de franceses... ¿Qué nos importa? ¿No venimos á escondernos?

Y la otra viajera suspiró:

—Somos bastante desgraciadas.

Lo eran, en efecto. En sus épocas de bienestar, casi de opulencia, habían sido, por razones de ambiente y de carácter, más cigarras que hormigas. Y he aquí que «de pronto», como decía doña Caridad muy afligida, «se veían en la calle... sin una peseta.» Este «de pronto» había sido, no obstante, de algunos años, los de la guerra, durante los cuales don Francisco González—llámesele don Pancho, naturalmente,—había perdido sus ingenios y cafetales, sus casas y solares, unos tras de otros, con una regularidad perfecta en la desgracia. Quizás don Pancho lo hubiese recuperado todo un día; quizás... Pero don Pancho una tarde, al saber que el mejor de sus ingenios había sido arra-

sado por los españoles, para impedir que sirviese de campamento á los cubanos, y demolido por los cubanos, para vengarse de los españoles, perdió los estribos y la cabeza: quiere decirse que se volvió loco. Y entre curiales y parientes, llamados á intervenir sus asuntos, dejaron á doña Caridad «en la tea», como se dice en la Habana, ó en cueros vivos, como se dice en castellano neto.

Doña Caridad y su hermana Lolita tardaron en darse cuenta «de la magnitud de su desgracia» algún tiempo. Durante largos meses pudieron ir en magnífico landó propio al manicomio donde estaba don Pancho, y cuando don Pancho murió, en uno de sus ataques de delirio furioso, doña Caridad le hizo embalsamar y lo mandó á España en un ataúd primoroso de caoba, para que descansase en su aldehuela de Asturias. Porque doña Caridad era delicada y piadosa y... «don Pancho la había hecho muy feliz.»

Parece ser que don Pancho era un buen hombre. Habría hecho sus milloncesos, como los hace todo el que los hace, no parándose mucho en barras, ni concediendo demasiada importancia á la conciencia, pero el caso es, por lo que á doña Caridad Solórzano se refiere, que don Pancho «era más bueno que el pan y de una generosidad sin límites.» Sin embargo... Doña Caridad había fingido ignorar siempre el punto que no podría llamarse negro, sino mulato de la vida de don Pancho. Don Pancho —¿quién no disculpa las flaquezas de la carne?— engañaba á su Cachita—Cachita en Cuba es un diminutivo de Caridad— con Tula—diminutivo de Gertrudis— que era una «mulata clara» digna de un sultán.

Cachita, generosa y honesta, hasta encontraba bien que los hombres, en aquel país lujuriente, satisficiesen «determina-

dos instintos con aquellas mujeres». Y Cachita, que era más espíritu que cuerpo, se figuraba á su rival como una hermosa estatua en barro cocido que se animaba y derretía por obra y gracia del dinero de don Pancho. En conclusión, tenía lástima de don Pancho y un sentimiento como de asco y de terror reunidos «por todas las mujeres de color». Menos mal que don Pancho—lejos de imitar al conde de Junco, que vivía en público con una mestiza—cohonestaba sus infidelidades con una discreción infinita y con una ternura y un respeto nobles cerca de la esposa que le parecía... «una santa».

Tal vez por eso, don Pancho... ¡Cuántas veces el adúltero no era más que un pobre hombre tímido y vicioso que!... Estas reflexiones las iniciaba doña Caridad en silencio, y Lolita, más atrevida como solterona, las desenvolvía. Sí, señor, estaba muy bien que don Pancho las respetase—Lolita hacía el plural ingenuamente,—y que se presentara delante de ellas «tan correcto con sus chalecos blancos, dejando las ordinariesces para otro lado.» Así como algunos dan con Mesalinas, don Pancho había dado con Lucrecias. Doña Caridad era una Penélope sin pretensiones. Cumplía su deber con una facilidad encantadora. En aquel país tórrido y fragante también se dan casos de castidad. Lolita, por ejemplo, pasaba ya de la cuenta: era una Diana cazadora, sin ningún Endimión de tapadillo. Y una feminista recalcitrante.

Caridad y Dolores Solórzano eran hijas de vasgado y de cubana. Finas y delgadas, Caridad era más mujer y más criolla que Lolita. Lolita tenía la boca sutilísima, la nariz y la barbilla agudas; parecía un muchacho. Don Pancho había sido socio del viejo Solórzano, en una compañía naviera. Poco antes de morir, Solórzano,



.. en el Petit Montrouge, ese barrio hermano del de Ternes ó Passy ..

viudo desde hacía muchos años, casó á Caridad con don Pancho, echando unas firmas y unas cuentas como si se tratase de comprar un barco. Solórzano tenía en don Pancho una gran confianza y, si la bigamia hubiese sido admitida, le habría dicho: «cásate también con Lolita.» Hubo un tiempo en que don Pancho pudo creer este voto realizado. Lo que era para él Caridad, una amiga, lo era también Lolita. Las dos hermanas le atendían, le cuidaban y le presentaban cuentas de joyeros y modistas. Solo que, naturalmente, de tarde en tarde Cachita acataba lo que Lolita —¡quite usted, por Dios!— no se habría ni dejado insinuar. Y así fué pasando la vida. Don Pancho «ganaba dinero», dejaba un poco entre las manos color de oro de su «morena» y el resto entre las de doña Caridad y Lolita que las tenían, á decir verdad, agujereadas.

Habían sido educadas á la europea en un colegio de Nueva York. Les gustaba ir

á misa, regalar flores y mantos á las imágenes, sacar de pila á todos los negritos zambos y barrigudos que les presentaban y hacer frecuentes viajes á los balnearios del Norte—el Norte en Cuba son los Estados Unidos—y á París.

Sin ser vanidosas disfrutaban perdidamente con el lujo. Su casa estaba llena de fuentes de plata y de porcelanas y cristales de precio, los establos de troncos andaluces y jacas inglesas, los armarios de ropas de hilo y de encajes. Lolita administraba de un modo fantástico, de memoria. El paquete de centenes—cien centenes, quinientos duros,—era su unidad monetaria. Lolita decía: «un paquete, paquete y medio, dos paquetes y pico...» Y cocineros y cocheros, criadas y lacayos hacían su Agosto alegremente. La casa, además, disfrutaba de una corte de parásitos. Ni doña Caridad ni Lolita se ponían un vestido más de tres veces, como las reinas. Don Pancho ganaba y ganaba,

moliendo su caña, vendiendo su café, su tabaco y su azúcar...

En tales tiempos y en tal país la vida parecía una deidad borracha é inconsecuente. Don Pancho recibió todos sus dones y sus burlas. Si hubiera sido un francés ahorrativo ó un yanquí sensato, tal vez hubiera enderezado la vida á su antojo; pero era un asturiano, loco, vano y mal cristiano, y ya con canas dió en gustar de las mestizas y en no fijarse que la vida pasaba haciendo eses por su lado.

¿En nombre de qué moral podría censurarse á don Pancho? Doña Caridad y Lolita no lo cesuraron nunca. Al contrario: cuando la catástrofe fué un hecho, y solo la esperanza de rescatar una pequeña parte de los bienes perdidos las sostenía, ellas se lamentaban mutuamente:

—Si hubiésemos sabido guardar...

—Si hubiésemos sabido guardar...

II

A veces las pobres cigarras se ven forzadas á disfrazarse de hormigas. Pero un disfraz no ha sido nunca una metamorfosis... Madame González y Mademoiselle Lolita—llamélas así en adelante, pues que, instaladas en París y en calle silenciosa é ignorada del barrio de Montrouge, por Madame González y Mademoiselle Lolita las conocen *chez l'epicier, chez la concierge et partout*,—son las cigarras disfrazadas de hormigas en el carnaval trágico de la vida, y dispuestas, eso sí, á quitarse la careta y á salir del hormiguero, para cantar al sol, en cuanto la vida quiera consentirlo.

En sus épocas de esplendor habían pasado algunas temporadas en París, viviendo en hoteles suntuosos del barrio de la Plaza Vendome y arruinando á don

Pancho en la rue de la Paix. Al verse en un quinto piso, con dos habitaciones, pasillo y cocina de la calle del Molino Verde, en el Petit Montrouge, ese barrio hermano del de Ternes ó Passy por su decorosa modestia y su apartamento de las pompas y vanidades de París, Madame González y Mademoiselle Lolita se miraron.

—Pero... ¿es posible, hija?

—Pero... ¿es posible?

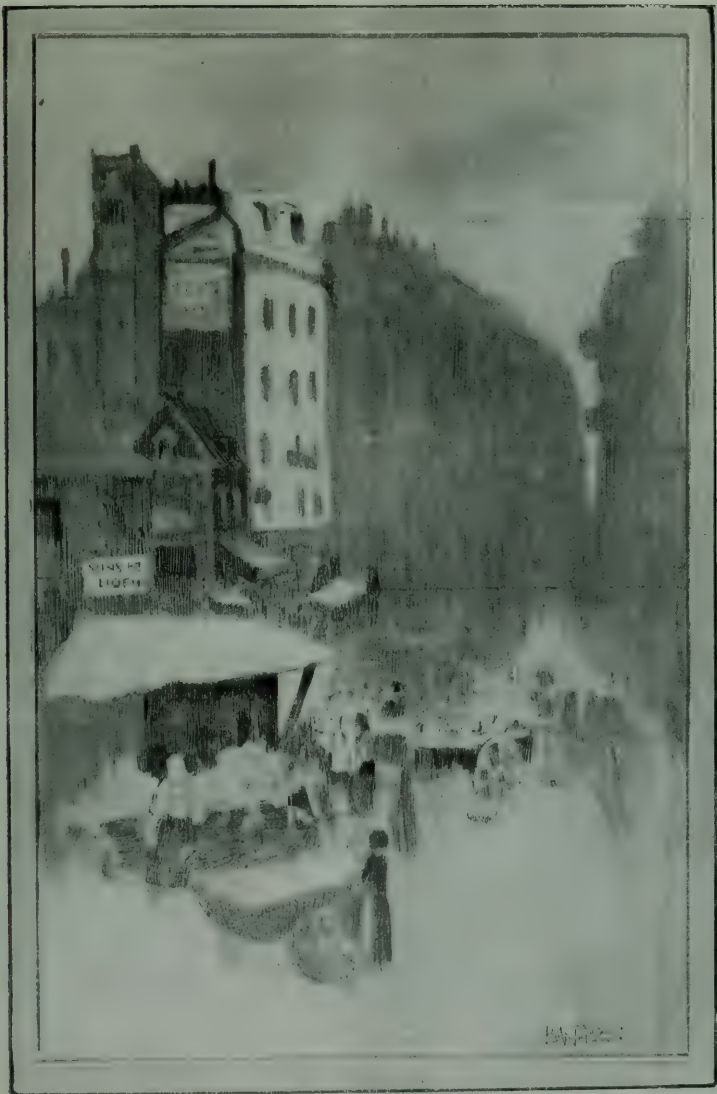
¡Vaya! Estaban en el número 42 de la rue du Moulin Vert, á cinco minutos de la iglesia de San Pedro de Montrouge.

Un monstruoso tranvía de vapor las dejaba en media hora en una esquina del boulevard Saint Denis, desde donde podían continuar á pie—obra de veinte minutos, ó en un ómnibus de Magdalena-Bastilla, hasta la Opera, si lo necesitaban. En cambio, sólo había diez minutos entre su casa y las fortificaciones y podrían dar paseos higiénicos sin gastar nada.

Madame González se prometía vivir confinada en su barrio. Sabía que el Petit Montrouge, como otros tantos barrios apartados de París, «no era París», y que no era fácil encontrar por la calle de Aleisia ó la Avenida de Orleans «gente conocida... de por allá».

No; los cubanos que venían á París, como los españoles, como los argentinos, como toda la población flotante hispanoamericana, se quedaban por el centro, cerca del boulevard, cuando pasaban deprisa, ó se instalaban en las proximidades del Arco de la Estrella ó del parque Monceau, cuando su estancia en París era larga y fastuoso su género de vida.

En el Petit Montrouge, como en todos los barrios tranquilos y modestos del ensanche de París, se encontraban extranjeros: «gente pobre—le explicaba Madame González á Mademoiselle Lolita—que vie-



... como otros tantos barrios apartados de París...

ne como nosotros á vegetar, á vivir en silencio una vida miserable, ó gente sencilla que se gana aquí el pan con menos dificultades que en su tierra». De suerte que no era imposible que alguna vez se encontrasen en los bazares de quinto orden de la Avenida del Maine ó frente á las tarimas llenas de aves muertas y legumbres, de los tenderos del barrio, con alguna española ó mexicana que hiciese sus compras en un francés lacónico y vergonzante; pero ellas, lejos de trabar conocimiento, huirían de estas hermanas en la miseria y el destierro, no por orgullo, sino por egoísmo: para no saber de más desgracias que las suyas.

En esta disposición de ánimo, llena de misantropía y de nostalgia del pasado, se sostuvieron largos meses. Su instalación en el minúsculo piso de la calle del Molino Verde se prolongó todo aquel verano. El piso era limpio y luminoso. Sus papeles pintados con motivos Imperio y sus dos ó tres puertecitas de vidrios, le daban un aspecto de cosa frágil é infantil, pronta á desarmarse. Lolita, que era burlona y sentimental, decía:

—No me atrevo á pisar fuerte, porque me parece que vivo en una caja de zapatos.

Y después suspiraba.

No hicieron falta muchos muebles para llenar la caja de zapatos. Dos camas, dos butaquitas, dos mesas de noche y un armario para la alcoba; media docena de sillas, dos sillones, una librería y dos mesas para el salón. Todas

estas cosas eran sencillas y bonitas. De los tres mil francos con que habían llegado las dos hermanas á París, después de puesta «toda la casa», sobraban dos mil trescientos.

Habían traído de la Habana, además del loro—que ya ocupaba su puesto en la cocina, junto á la ventana—mil objetos menudos (*tarecos* decían ellas), muchas fotografías y dos ó tres baules llenos de ropa: restos del naufragio, que sirvieron para arbolar la nueva nave, el bote dijéramos mejor, considerando la fragilidad y pequeñez de la casita.

Las cigarras comenzaron á derrochar ingenio, que era lo único que les quedaba. Cada cosa, por insignificante que pareciese, les sorprendía por la serie de aplicaciones que podía tener. Un baul, por ejemplo, creyérase que solo servía para guardar ropa. Error crasísimo. Un

baul, con una colchoneta de paja encima y una colcha de cretona ó cortina de yute á manera de funda, quedaba convertido en un diván. Las sobrecamas de batista y encajes, prestaban servicios de stores. Con batas viejas de olán, unas tiras de crochet, unas tijeras y un rollo de alambre, se fabricaban visillos y pantallas en un periquete.

Era asombroso. Madame González miraba con estupefacción á Mademoiselle Lolita. ¿Quién las había enseñado á hacer milagros? ¡Si parecían nacidas para vivir con cinco francos diarios! ¡Qué risa! El caso era que el pisito, arre-





... à ur.o de los muelles del Sena. .

glado por ellas dos solas, iba quedando «lindísimo».

Las paredes estaban llenas de retratos y de grabados y cuadritos insignificantes. Las acuarelas que Lolita había pintado en el colegio, ocupaban por primera vez un puesto de honor, y unos retales de raso, con flores y hojas salidas del mismo pincel, viéronse muy pronto transformados en almohadones. La librería—una librería á la inglesa, á la altura del hombro—conservaba siempre sus cortinillas verdes á medio correr: quedaban desnudos los libros y en el misterio las tazas del té, las copas, los cubiertos, los platos de postre, el azucarero. Era una librería-aparador, y aun servía de soporte á un espejo de tres lunas, en combinación con el de la chimenea, que se prestaba á que Madame González y Mademoiselle Lolita pudieran mirarse á su sabor.

La cocina, de una pequeñez inverosímil, servía de sala de baño y de tocador: un balde de cinc, puesto debajo de la fuente, desempeñaba en la casa todas las funciones hidroterápicas; las cacerolas, peroles y sartenes bruñidos á fuerza de estar limpios, eran otros tantos espejos donde las caras macilentas y expresivas de las dos hermanas se reflejaban deformándose, reduciéndose, iluminándose en un resplandor de cobre, desvaneciéndose en una opacidad de acero. Todo era pulcro y melancólico. Todo sonreía y sollozaba á la vez.

Las camas tenían lazos de cintas marchitas; los manteles habían de doblarse para cubrir la mesita del salón; algunos *bibelots* de bronce, algunas porcelanas, algún jarro de plata que reposaban en las dos chimeneas ó sobre dos columnas improvisadas con madera y trapos viejos, tenían el aire de visitantes impacientes que suspiraban por marchar á otras casas,

previa una estancia en las vitrinas del prendero ó en el escaparate del anticuario. Sólo una mirada reflexiva, hecha á encontrar en las cosas un reflejo de la vida que las envuelve, habría observado aquel estado de alma lastimero y burlón de la casita. La casita tenía alma como sus dueñas. Aquella pobre alma luchaba entre la realidad y el recuerdo. Unas veces, al anochecido, por ejemplo, todo agonizaba en la casita: los muebles, los adornos, Madame y Mademoiselle que permanecían inmóviles en sus asientos, con la labor caída en el regazo ó el libro cerrado sobre una mano, y el loro, que se rebozaba entre sus plumas para dormir. Luego la lámpara de petróleo, con su pantalla color de rosa, realizaba á medias un milagro de resurrección... La caja de zapatos, á decir verdad, no vivía hasta por la mañana. Y vivía y sonreía á las horas de sol. Porque en París, de vez en cuando, no deja de salir el sol...

III

Curiales, abogados y testamentarios embrollaban en Cuba el famoso pleito en que ponían todas sus esperanzas la viuda y la cuñada de don Pancho González. Estas—que sólo recibían una pensión de ciento cincuenta francos mensuales—vieron desaparecer en pocos meses los dos mil trescientos que estaban del viático.

Era el aprendizaje de París. A pesar de todos sus propósitos de ahorro y de modestia, París las seducía y las engañaba. Unas cuantas visitas á los grandes almacenes, varias noches de teatro y unos cuantos fiacres—los taxi-autos no existían aún, el metropolitano estaba en construcción en su mayor parte,—dieron cuenta del mezquino tesoro. En el invierno de

CONCIERGE

PENDANT LES
CHALEURS IL
N'YA PAS D'EAU
AU 6^{me}



... Madame la concière, ese monstruo devorador de propinas...

1904, madame González y mademoiselle Lolita, se vieron ya definitivamente pobres, reducidas á sus cinco francos diarios. Entonces comenzó una vida inconcesable, de miseria silenciosa y discreta. Todos los recursos que París brinda á los desheredados, fueron conocidos y puestos en práctica por las dos mujeres.

Madame González, que envejecía vertiginosamente con tales angustias, hasta el punto de representar sesenta y cinco años, no teniendo sino cincuenta y cuatro, prefirió librar sus combates por la vida dentro de la casa.

—Mira, hija—le decía á Lolita,—tú eres mucho más joven que yo y estás más fuerte. Yo me ocuparé de la cocina, de la ropa, de la limpieza, y tú, saldrás á la calle, á ver si encuentras algo...

Este «algo» no envolvía nada de pecaminoso ó indigno. No se trataba de que Lolita, con sus treinta y cinco años, su cuerpo anguloso, sus vestidos reformados y sus sombreros hechos en casa, fuera á pasearse por los boulevares ó por los soportales abandonados del Palais-Royal. Nada más lejos de las intenciones de Madame González ni de las aptitudes de Mademoiselle Lolita. Este «algo» era, sencillamente, la busca y persecución de un medio más de vida: clases de idiomas, traducciones, servicios de intérprete, de institutriz.

Más de un año luchó Lolita infructuosamente. Recorrió París desde Montparnasse hasta la Vilette, desde la Estrella hasta la Bastilla... Visitó periódicos y casas editoriales hispano-americanas. Tomó lecciones de dactilografía. Leyó con lupa los pequeños anuncios del *Journal* y el *Matin* y utilizó en sus andanzas por París los medios de locomoción más rápidos, modestos y peligrosos: la segunda en el Metropolitano y la imperial en omnibus y

tranvías. También anduvo mucho á pie. Tanto que, en cierta ocasión, los pobres pies, que eran minúsculos y finos, dieron en hincharse y como en derretirse en una materia purulenta, hasta el punto de que un médico llegó á insinuar si sería conveniente amputarlos.

Con lágrimas, higiene y voluntad, Madame González curó á Mademoiselle Lolita, que pudo reanudar sus empresas de conquistadora.

Una tarde tuvo una gran alegría: un editor la encargaba de traducir al español una novela titulada *La sanglante ironie*, de un señor—Lolita no se acordaba bien,—de un señor Rachilde ó Rochil... Al día siguiente, Lolita recibió la novela y una carta del editor, en que le pedía las primeras cuartillas que tradujese para examinarlas, porque «como no tenía el gusto de conocerla...» Lolita y madame González sonrieron. No habían traducido nunca nada; pero... ¿quién no sabía traducir? Lolita dictaba. Madame González, con sus lentes de oro, y pensando en las doscientos noventa y ocho francos que representaba la traducción, á franco la página, escribía... «Se está bien aquí. Las gentes son respetuosas, el lecho es bueno, la cámara convenable. No demasiado de luz, no demasiado de ruido: yo me siento más fuerte, más hombre. Sí, por la primera vez yo me siento calmo... y yo soy en prisión... Mi cerebro disfruta de una remarcable lucidez»

—¿Qué te parece?—interrogaba, no sin cierta emoción, la voz aguda y cantarina de Lolita.

—Muy bien, hija, continuemos—decía gravemente Madame González.

«Yo soy, en fin, como todo el mundo, en ese famoso estado banal que yo he soñado antes: tranquilidad de espíritu y de cuerpo del individuo que no es, no será más excéntrico».



Llevaba melenas y chalina...

—¿Qué tal?

—Un poco extraño—confesaba Madame González—, pero como escriben tan raro estos demonios de franceses...

Al día siguiente Mademoiselle Lolita fué *chez son éditeur*, muy sonreída y temblorosa. Un señor español, con el pelo cano y ensortijado, la recibió. Y después

de lanzar una ojeada á las cuartillas...

—Señorita—le dijo—yo lo siento, pero usted ha traducido *motamó*... Esto sigue en francés... Y no sirve...

Lolita recurrió á todo su orgullo para contener las lágrimas. Entre ella y Madame González tardaron cuatro días en comprender aquel cabalístico terminacho del

empleado del editor, aquel *motamó* que les cerraba una puerta que había comenzado á abrirse.

—Quiere decir—exclamó al fin Madame González—, *mot... á... mot...* palabra por palabra. Pues... ¿cómo quiere que se traduzca el demonio ese?

Mademoiselle Lolita fué á vender á uno de los muelles del Sena *La Sanglante ironie*. Y le dieron—porque estaba nueva y apenas deshojada—sesenta y cinco céntimos.

∴

Habían hecho correr por el barrio la voz de que daban lecciones de español ó de inglés, y la lechera, la panadera, la *dame de la epicerie*, todas aquellas francesas laboriosas que recibían por las mañanas á Madame ó á Mademoiselle, con su redecilla para las provisiones, estaban dispuestas á encontrarles discípulos.

Por todas partes eran estimadas. El carnicero, en cuya tienda entraban unas dos veces por semana, las saludaba al través de sus terneras desolladas, de un blanco de nacar y adornadas con hojas y flores de papel, con una sonrisa franca y atrayente. Las empleadas de una gran *charcuterie* de la rue d'Alesia, donde entraban cada quince días por un franco de fiambres surtidos, se interesaban por su salud y sus negocios. El boticario, á quien Lolita compraba éter, agua oxigenada y polvos de arroz, había llegado á hacerles crédito. Y la portera—*madame la concierge*, ese monstruo devorador de propinas y de secretos, que aterra á los habitantes de París—, dulcificaba su despotismo con Madame González y Mademoiselle Lolita, que eran *tout à fait gentilles*, que no se las sentía, que no recibían visitas, ni manchaban el tapiz de la escalera.

De estas simpatías que las rodeaban,

era lógico esperar algo. En efecto, una tarde llegó al quinto piso de la calle del Molino Verde, número 42, un francés rubio y cuarentón que deseaba aprender la guitarra. Lolita y madame González se miraron consternadas. En su vida habían tenido una guitarra entre las manos.

IV

¿Era posible? No, no era posible... Y sin embargo, ahí estaba, en un pedacito de papel, la cuenta de aquel día. Era la letra aristocrática de Madame González:

Leche.	0,20
Pan	0,10
Caldo.	0,15
Café	0,10
Legumbres	0,15
Carne	0,50
Fruta.	0,20
Mantequilla	0,15

Total, francos 1,55

Aún podían agregarse unos céntimos por el azúcar, las especias y el te que «se compraban por junto». De todos modos resultaba que aquel día—que era uno despejado y azul de primavera—, habían vivido con un franco setenta y cinco escasamente. Parecía imposible... Y Madame González, sonriendo, recordaba los almuerzos *chez Larue*, las comidas *chez Paillard* ó en el *Pavillon d'Armenonville*, las cenas en casa de Maxim, donde el pobre de don Pancho, que no acababa de acostumbrarse al frack, se manchaba la camisa y pagaba notas de cien francos para arriba.

—¿Será que hemos soñado?—le preguntó á Lolita.

Y como Lolita, suspirando, no le contestase:

— ¡Bah! — continuó desdeñosamente

Madame González—, bien sabe Dios que para mí la comida es lo de menos, aunque no deja de ser sabrosa la de estos demonios de franceses...; pero me gustaba comer en sitios lujosos, con música, con flores en la mesa... Me gustaba comer con los ojos esos platos tan bien presentados, esos postres, esas frutas tan bien dispuestas... Los *roastbeefs* en sus fuentes de plata, con su tapadera que parecía un sombrero y su lamparita de alcohol... Y aquellas casas de te de Londres... con tantas cosas ricas para hacer sopas. Y nuestra mesa de la Habana... ¿te acuerdas? Como á Pancho le gustaba tanto la cocina criolla... aún me parece ver una hilera de fuentes grandes, inmensas, con tasajo, con arroz blanco, con picadillo, con plátanos y boniatos fritos... ¿No hueles, Lolita? ¿Te acuerdas del lechón asado? ¡Mira que teníamos gente por Nochebuena! Hace ahora diez años, me acuerdo perfectamente, dimos una cena de sesenta cubiertos. Nos costó tres mil duros. Quince mil francos... Y ahora, ya ves... Leche... 0,20... Pan... 0,10. Sólo gastamos al día dos centavos de pan.

Lolita suspiró otra vez. Y Madame González hizo punto final con esta frase:

—Y lo más gracioso es que ha sobrado. Guardé la mitad de la leche para el desayuno de mañana.



Las cigarras metidas á hormigas llegaron á eclipsar á los perdularios, hambrientos y tacaños de Don Francisco de Quevedo, y en las tierras pródigas de Pantagruel vivieron—que no en balde eran de origen español—merced al ingenio y á la sobriedad, esos tesoros de la raza. París, donde todos los pueblos han sembrado una semilla, las sonreía, las animaba, como diciéndoles: «No os avergocéis.

¿Son caros para vosotros mis restaurantes á precio fijo? ¿Aun los *Chartier*, donde por un franco os serviría para que no murieseis de hambre, no son compatibles con vuestra bolsa? ¿Las legumbres cocidas os resultan todavía por las nubes? Pues yo os ofrezco mi *foie-gras* barato, la humeante morcilla, los quesitos á diez céntimos, los pasteles de manzana, las tartas de crema, perfumadas de azahar, mi sidra ó mi cerveza á quince céntimos el litro? ¿Qué tal? Y las dos mujeres bajaban la cabeza, confundidas. Era verdad. Con «nada» se podía comer en París... Las dos estaban delgadas, esqueléticas. Lolita, «haciendo un sacrificio», se había comprado un poco de color para las mejillas y una barra de bermellón para los labios. Y explicaba:

—Es que estoy tan pálida... no sé... que la gente me mira por la calle cuando no me pinto.

V

Los vestidos de las mujeres, como las almas, conocen los misterios hondos de la metempsícosis: transmigran de unos cuerpos á otros. También conocen los prodigios de la metamorfosis: la salida de teatro se convierte en falda, de las batas y enaguas surgen blusas y peinadores. Pero nunca hubo mujeres que apurasen tanto la ciencia de la tijera y del retal como Madame González y Lolita. Madame González se hizo un traje sastre «aprovechando» una levita y un gabán de entretiempo del difunto don Pancho. Lolita forraba los sombreros de verano, no bien aparecía el otoño, con pedazos de pana comprados en los saldos de los viernes del *Bon Marché*, á precios inverosímiles. Porque en unos cuantos meses, las que

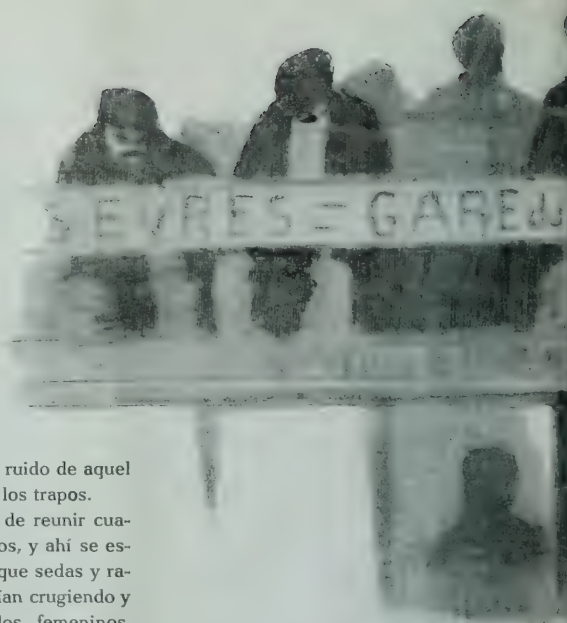
un tiempo se habían vestido en las ladroneras de la Plaza Vendôme y de la rue de la Paix, consiguieron poseer la clave—tan convencional—, del París ganguero y bullicioso de los grandes almacenes. Los miércoles, por ejemplo, se los pasaban casi enteros en el *Louvre*, en el *hall* de sederías, hundiendo sus manos finas y temblorosas entre los recortes de saftín liberty, de tonos vivos y cambiantes, y mareadas por la luz y por el ruido de aquel mundo de la vanidad y de los trapos.

Algunas veces trataban de reunir cuatro ó cinco retales idénticos, y ahí se estaban, junto al tablero en que sedas y rasos multicolores se revolvían crugiendo y resbalando entre los dedos femeninos, para conseguir una ventajita de veinte ó veinticinco céntimos...

Los días de exposición iban á las *Galerías Lafayette* y sabiendo que no podrían comprarlas, se hacían enseñar las blusas espumosas y las batas insinuantes de aquel almacén, hecho para las *demi-mondaines* del barrio de Breda.

Mademoiselle Lolita, más atrevida que su hermana, solía probarse—sobre el vestido, pues su extrema delgadez lo permitía—alguna de aquellas batas amables, que ya, sin salir del almacén, parecían impregnadas de voluptuosidad. Y luego no sin haber soñado un poco ante el espejo, se las quitaba suspirando...

Muy pronto habían detestado al *Pigmalion* con sus trajes sastre á veintinueve francos y á la *Samaritana* con su clientela



... y la impe

de artesanas en pelo y de *petites bourgeois* que pagaban á plazos. El buen gusto, el sentido del lujo y la elegancia no las abandonaban en la miseria. Si tenían que comprar algo de ropa blanca esperaban Febrero, cuando en todas las vallas de París y en las estaciones del Metropolitano aparecían los grandes carteles del *Blanc*, que preocupaban un poco á las mujeres. Era el mes de las camisas, de las enaguas, de los pantalones... *Blanc... Blanc... Y todo París iba como á purificarse cambiándose de ropa interior. Blanc...*



n ómnibus...

Blanc... Y los almacenes parecían nevados y floridos de anémonas y azahar, porque la limpieza y la coquetería usan el mismo color que la virtud.

Sentían por los grandes almacenes un amor apasionado y ardiente. Sin dinero en el bolsillo, apercebidas contra la tentación, iban á pasearse por ellos para darse el gusto de acariciar con mirada inteligente las telas bonitas y ligeras, los objetos de tocador y las vitrinas de perfumería. Iban á mirar y á absorber... Sus ojos brillaban, sus narices agudas se estreme-

cían... Luz, olores y murmullos, eran como alimentos para sus sentidos. Desde lo alto de una escalera contemplaban con envidia á las compradoras que, á sus pies, se disputaban «las ocasiones». Era una lucha por la ganga en la que se desplegaba todo género de cálculo y astucia. Se lamentaban de la «maldita suerte», de no tener siquiera cinco francos que dejar en el almacén á cambio de un retal «regalado» ó de una pluma «que valía el triple». ¡Las plumas!

Aquel *hall* del *Printemps*, visto desde el segundo piso, era un bosque fantástico, un bosque de sueño oriental. Las plumas lloronas eran como sauces verdes, rojos, blancos, de todos los colores. Las Amazonas temblaban como hojas de palmera.

Los penachos y fantasías eran arbolitos raros, plantas enanas de un jardín celestial.

Las *aigrettes* se erguían desafiantes como cactus de África, y al través del bosque multicolor y estremecido iban y venían las mujeres de París, rápidas y menuditas, tendiendo las manos afiladas hacia la frágil y sutil mercancía.

Mademoiselle Lolita murmuraba entre dientes «el día que yo pueda... el día que yo pueda» y Madame González tenía que llevársela de allí, consolándola: «Vamos,

hija, ni que la felicidad dependiese de llevar un plumero en la cabeza».

VI

«París, esa ciudad»—como dice el Romancero, entre respetuoso y escandalizado—ejercía sobre Mademoiselle Lolita, y en menor grado sobre Madame González, una influencia casi deletérea. Diríase que cada árbol del boulevard ó de los lindos jardines de París tiene enroscada una serpiente tentadora. Los parisienses están familiarizados y no muerden, sino á sus horas y con cautela, el fruto prohibido. Son los administradores de aquel paraíso terrenal, donde los Adanes y las Evas llegan, generalmente, del extranjero ó del Sur, de ese *Midi* que surte á Francia de ministros y de tipos grotescos para el teatro... París no pierde nunca la cabeza. Es como esos camareros de las *boîtes* de Montmartre que sirven *champagne* á los trasnochadores que van á embriagarse y á las aves de paso—que caen allí para ser desplumadas,—con un gestecillo de desdén y de cálculo... *Encore une bouteille?... Ça fait cinq... Ça fait six... Y París descorcha el placer y la lujuria... Y cobra. Ça fait dix... Ça fait un million... Ça fait... la peau...* Es decir, que á veces la broma de París cuesta el pellejo. Ser parisién consiste en no serlo... como se entiende fuera de París. Los españoles que llegan al *Quai d'Orsay* con dos francos en el bolsillo, y media docena de cartas de recomendación, son más parisienses que André de Fouquières ó Le Bargy: no harán «el primo», «la poire»—como dicen las académicas del Moulin-Rouge.

Pero Madame González y Mademoiselle Lolita, tal vez por defecto de nutrición, sentían el vértigo, el mareo de París, y so-

ñaban con vengarse alguna vez de la miseria y vivir «aquella vida brillante» de que se hacían eco los periódicos... Lolita devoraba las informaciones mundanas del *Figaro*, los artículos de modas, la crítica y la chismografía de los teatros. A los cuatro años de vivir en París, reducidas á su pensión, sólo tres veces habían estado en el teatro; dos veces en localidades de tres francos, junto al paraíso, y una vez—joh fortuna veleidosal!—en dos butacas de balcón, primera fila, de la *Porte Saint Martin*. Maravillosas localidades, de á doce francos cada una, que Lolita había encontrado en un tranvía dentro de un sobre, en unión de una serie de postales «solo para hombres». ¡Que rubor y que alegría al mismo tiempo! Lolita tuvo cierto escrúpulo y hasta tejió una novela... ¡Si habrían dejado caer el sobre junto á ella, á propósito, y luego se encontrarían en el teatro con el autor de la broma, que reclamaria naturalmente?... Las dos butacas de la *Porte Saint Martin*—un papelito con dos números—les parecían una invitación al placer y la aventura. Era cosa de pensar... Al fin fueron al teatro muy compuestas y acicaladas y fingiendo un desembarazo que no sentían. Y no hubo más aventuras que las del escenario, en una de esas comedias líricas y febriles de Henri Bataille...

::

Pero en la vida, en la pobre vida de las cigarras, hubo hasta media docena de aventuras. Las tres fundamentales fueron éstas:

La de Migoya.

La del Printemps.

Y la que Lolita no pudo confesar nunca.

Migoya era un joven cubano que vivía en el Barrio Latino fumando en pipa, descubriendo á los poetas simbolistas y cre-

yendo, todavía, en los paraísos artificiales. Migoya hacía versos y traducciones. Llevaba melenas y chalina, y era amigo de Paul Fort, el poeta no comprendido de aquel momento.

En una de sus excursiones por las librerías españolas de París, conoció Lolita á Migoya. Simpatizaron. La circunstancia del paisanaje borró cumplidos y desconfianzas y Migoya fué una tarde á la calle del Molino Verde con unas flores y unos versos, en los que Madame González halló «un sentido oculto». Estuvo discretísimo y alentó mucho á las dos mujeres. Pronto Migoya fué un íntimo de la casa y comenzó á aceptar comidas que Lolita le brindaba sin insistencia.

Cuando Migoya, que tenía buen diente, comía con ellas, ellas no almorzaban; y cuando almorzaba, no comían. Pero como Migoya no era pájaro, como sus paisanas, sino un elefante devorador, las pobres mujeres quedaban desnive'adas durante cuatro ó cinco días, cada vez que lo sentaban á su mesa. Un día Migoya comenzó á hablar de una revista hispano-americana, «que sería un negocio». El disponía de algún dinero... Si doña Caridad y Lolita hubieran podido disponer de algo... La insinuación quedó en el aire poco tiempo.

Si, era un negocio, los cálculos no podían fallar, pero—se lamentaba Lolita—¿de dónde podían el as sacar algo?... Migoya trabajó tan bien la cosa, estuvo tan insinuante y hábil, que una tarde entre Lolita y él llevaron al Monte de Piedad los pocos objetos de algún valor que conservaban las desterradas: un jarro y unos cubiertos de plata, dos ó tres sortijas y un rosario de nácar. Dieron cien francos, que unidos á quinientos «con que contaba», Migoya, servían para «sacar» tres números de la revista.

Después vendrían los anuncios, las sus-

cripciones... Lolita debía preparar una serie de artículos, de modas y teatros. Y doña Caridad que tradujese algo del inglés. ¡Cuánta ilusión! Lolita veía despejarse el horizonte. Si tenían suerte... Aquel París luminoso y vibrante que la aturdira, iba al fin á tenderle sus brazos...

París se mantiene de corazones y por eso anda por París tanta gente sin corazón. Migoya era de esta clase de gente... Madame González y Mademoiselle Lolita no volvieron á saber de Migoya nunca más...

VII

La aventura del *Printemps* fué acaso más peligrosa, pero concluyó mejor.

No obstante las seducciones de París y las rebeldías morales que la miseria engendra y justifica, Mademoiselle Lolita y su hermana no claudicaron nunca de sus principios de honestidad y rectitud.

Conocieron algunos secretos para ganarse la vida, que otras personas practicaban: servir de intermediarios entre los compradores particulares de su tierra y los comerciantes de París, sobre la base de envolver en los precios la comisión; convertirse en guías de compatriotas ricos y encargarse de los pagos y propinas con insano propósito, y otras varias trampas igualmente punibles, que sus conciencias rechazaban indignadas.

Y he aquí, que Lolita hizo un día, por sugestión é incoscienza, lo que en frío, lo que reflexivamente no hubiera intentado jamás. Lolita tendió sus manos, pálidas y descarnadas como las de una santa, hacia el bien ajenc. Y fué en los almacenes del *Printemps* y en una tarde tibia de primavera.

Lolita no había comido apenas por la mañana. París estaba lleno de violetas y de sol. Las mujeres jóvenes llevaban trajes y blusas blancas. En la imperial de los ómnibus, algunos hombres gruesos y sudorosos se abanicaban con el sombrero de paja. Sobre todo, el aire olía á violetas dentro del almacén. Y era una gran venta de encajes, de Clunys y Valenciennes, de Bruselas y Malinas auténticos y falsos, de entredoses de Saint Gall y de tejidos suavísimos y sutiles, hechos en los beaterios de Brujas y de Gante, por las dulces beguinas, para las mundanas y las millonarias. Aquella parte del almacén era como un torrente de espuma. Lolita, absorta, hundía la mirada en los blancos abismos que sondeaban las mujeres felices con las manos. Aturdida y mareada, pensaba en cisnes, en palomas, en lirios, en todo lo que fuera blanco y leve como los encajes. Y como no había comido, hubo un momento en que los bordados y encajes la llevaron á pensar en la guanabana y en el anón, aquellas frutas del Trópico de pulpa alba y fragante, y en montañas de azúcar, en merengues, en cántaros de leche vertidos generosamente... Y con los ojos nublados y la garganta seca, impelida, arrastrada por el instinto, Lolita se dirigió hacia los tableros rebosantes de encajes, que le ofrecían calmar la sed de sus sentidos...

Con ademán de sedienta hundió su mano en tanta suavidad. Y ya tenía su presa entre los dedos y se preparaba á ocultarla, cuando otros dedos se posaron firmes sobre su espalda, y una voz burlesca la interpeló:

—¡Vaya, vaya, qué sorpresa!

Lolita cerró los ojos.

¡Sorprendida!

Le flaquearon las piernas. Su pobre cuerpo se cubrió de un sudor de agonizan-

te y bajó la cabeza como un pájaro herido. Apenas si pudo murmurar:

—Pardon...

—¿Pardon... Pardon?—remedó la voz burlesca, agregando:—¿De qué, alma mía? ¿Usted me ha visto bien?

No; no había visto bien.

Era... Lolita calculó en un instante... una de la Habana, una amiga. Y como tenía aún los ojos cegados por el susto, y por la nube blanca de los encajes, no vió que la amiga inesperada tenía los ojos y el pelo muy negros y la cara de color de oro. Era Tula, la mulata, la amiga del difunto don Pancho.

Lolita quiso como erguirse, como hacer valer sus derechos de raza y de virtud. Pero la idea de su robo, frustrado gracias á Tula, la hizo humillarse.

La vida establecía entre la *cocotte* y la aprendiz de ladrona, una nivelación.

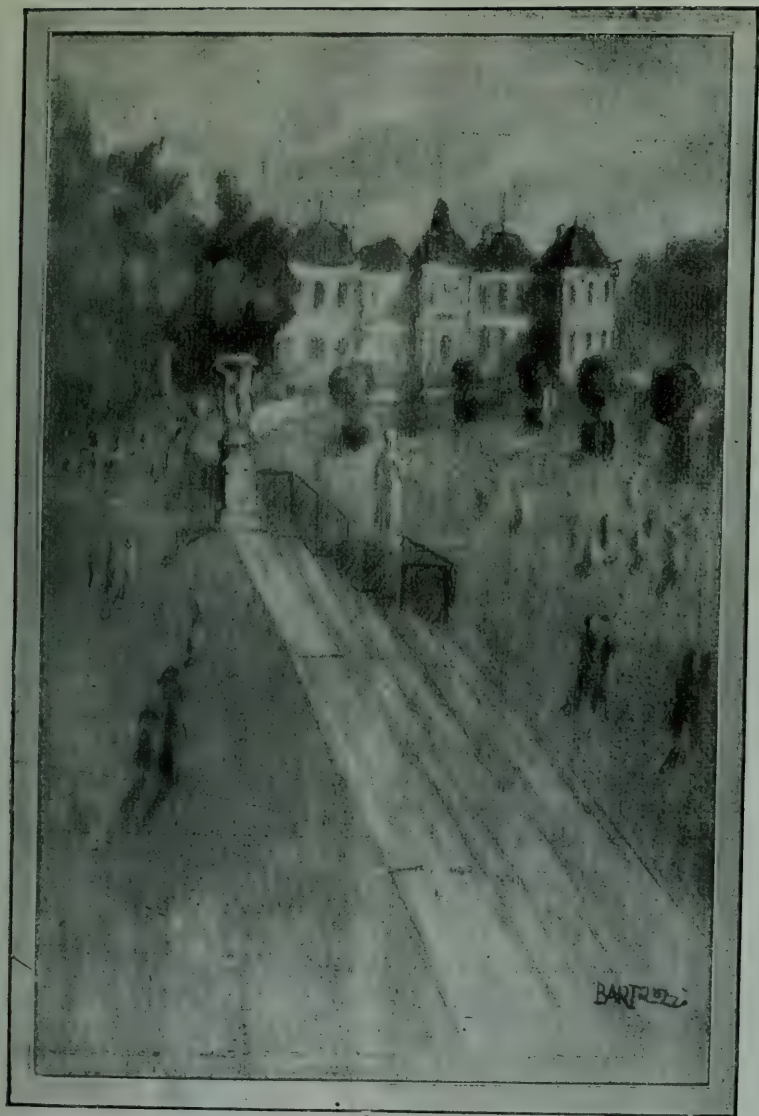
Tula estaba elegantísima y tenía ya esa *sans gêne* que París comunica hasta á las mulatas. Hizo que Lolita—que había perdido todo valor personal—la acompañase á tomar el té en el mismo *Printemps*, y entre sorbo y sorbo le contó su historia:

—Figúrese usted, hija mía, que Rebolledo, el almasenista de la calle de Obispo, se enamoró de mí y se casó conmigo. Rebolledo es un animá y se puso las botas en la Habana... Botamos el dinero. ¿Por qué no viene usted y Chachita á mi casa? Yo soy una mujer casá... Y siempre las quise bien á ustedes...

Después, Tula, paseó á Lolita por los Campos Elíseos y el Bosque de Bolonia, en un automóvil magnífico, y le brindó dinero, teatros, «lo que ellas quisieran».

Lolita, poco á poco, iba recuperando su serenidad. Pero ya el mal estaba hecho y no le quedaba sino desasirse discretamente de la mulata.

En la plaza de la Ópera pretextó una



... á los jardines del Luxemburgo...

visita y la mulata la dejó á la entrada del Metropolitano. Lolita, que no llevaba dinero, emprendió á pie el camino de su casa—más de la mitad de París,—mientras por los boulevares, que empezaban á fulgir con sus millares de luces, entraba y desaparecía el automóvil de Tula.

VIII

Mademoiselle Lolita guardó cama, de la emoción. Madame González no acababa de dar crédito á la historia de Tula.

—Hija—se lamentaba—¿es posible que la vida se burle así de nosotras? ¿Qué mal hemos hecho? No nos bastaba pasar necesidades, ahogar deseos de lujo y distracciones, que este París del diablo hace más apremiantes, ni ser burladas por el sinvergüenza de Migoya, sino que aún habíamos de encontrar á Tula en nuestro camino, rica y feliz y brindándonos una limosna... Te digo que es para dudar de que haya un Dios en el cielo. Valiente premio el que reciben nuestra dignidad y nuestra honradez... Estamos frescas... Digo frescas... qué risa... estamos hechas dos pasitas, una pareja de esqueletos... ¿Y dices que esa condenada de mulata se casó con Rebolledo y que sigue aún tan guapetona? Yo siempre me he preguntado, qué podrán tener las mulatas...

Lolita se lo preguntaba también.

Volvía á ver á Tula con dos grandes brillantes en las orejas y sentada con languidez de favorita en su automóvil. Y se veía á sí misma recorriendo á pie la calles de París, sorteando los *taxi-autos* y los *autobus*, á punto de ser atropellada muchas veces; empujada, golpeada por la muchedumbre; mareada por el infecto olor á gasolina, que era como el aliento de las calles de París; aturdida por los rui-

dos y trepidaciones de aquel vaivén interminable de coches y tranvías.

Veíase corriendo de un lado á otro des-pavorida, sin aliento, rozando con las ruedas monstruosas de un camión. Veíase en los túneles del Metropolitano, en aquellos coches de segunda donde la gente se hacinaba brutalmente y donde el olor de la muchedumbre y la velocidad y el calor amenazaban con la asfixia.

Veíase, en fin, con su aire de víctima, derrotada por la ciudad hostil, donde la honestidad y la honradez eran defectos. Pensaba de este modo lugubre é iracundo desde la cama, con la excitación y el des-verrio de la fiebre. Pensaba en mil cosas trágicas y pecaminosas que no se le habían ocurrido nunca.

Una tarde quiso concluir con su pobre vida y Madame González, á duras penas, le hizo devolver el láudano que había ingerido en abundancia.

∴

Luego hubo días de calma. Comenzaba el verano y Lolita con sus vestidos blancos y sus grandes sombreros de paja, recibía acaso el último resplandor de su belleza. Porque Lolita tenía una belleza á su modo. Belleza de mujer delgada y rápida, que cobraba por su ingenuo desdén hacia los hombres, cierto aire de amazona, que en París—esa ciudad donde reposa el vicio errante—suele ser apreciado. Tal vez Lolita al comenzar á ser vieja, sintió la tristeza de su juventud perdida, y quiso como gozarla por junto en una hora: vivir un epílogo en lugar de una novela entera.

Ello es que Lolita comenzó á preocuparse de su tocado, que se pintaba las mejillas y los labios y se ponía flores en el pecho. Igualmente histórico resulta que

Mademoiselle Lolita, una vez acicalada, tomaba una sombrilla y un libro y dejando á Madame González con el loro—que ya perdía las plumas de puro viejo—se dirigía á los jardines del Luxemburgo, donde se paseaba durante largas horas, entre los árboles y las estatuas. Nadie la miraba, nadie le decía nada, y ella pasaba con su libro, su sombrilla y sus grandes ojos negros, cerca de los niños que manipulaban con sus palas y azadas en la arena; cerca de las madres, que hacían alguna labor sin perder de vista á la prole, cerca de las nodrizas é institutrices que descansaban al sol.

Por los paseos del jardín iban algunas parejas del brazo: eran estudiantes del Barrio Latino con modistillas ó muchachas del boulevard Saint-Michel. En ocasiones iban un largo rato con las caras unidas, besándose. Lolita trataba en vano de no ver «aquello». Sus ojos, sin querer, seguían las evoluciones de la pareja enamorada. A aquellas horas el jardín estaba lleno de sol. Los gorriones saltaban en la arena picoteando las migas que algún paseante les ofrecía. Entre el césped, al pie de la estatua ó del busto de un poeta, se arrullaban las palomas. Al través de los árboles surgía de tiempo en tiempo un desnudo de mármol ó de bronce: el desnudo de un fauno ó de un Apolo juvenil... Mademoiselle Lolita pensaba en muchas cosas vagas é incoherentes: en don Pancho, con sus chalecos blancos; en la Habana calurosa y azul, en Migoya leyendo versos raros y con la pipa en la boca. Pensaba en el pasado y en el presente. Abría su libro... Lo cerraba. Y de pronto el recuerdo de Tula, como una voluptuosidad y una vergüenza, llenaba su imaginación.

Una tarde Mademoiselle Lolita, sentada á la sombra de los plátanos de la fuente

de Médicis, leía un libro de versos. Leía sin atención. El Polifemo de la fuente, allá al fondo, con sus víctimas entre los brazos cíclopeos la distraía. Mademoiselle Lolita no había tenido nunca entre sus manos un libro de Homero. Polifemo la distraía sin pretextos de erudición, sencillamente, como un motivo del paisaje. Y de Polifemo, dispuesto á despeñar á Galatea, los ojos de Lolita iban á reposarse en el agua de la alberca, obscura y quieta, donde se copiaban los plátanos revestidos de hiedra.

Un hombre de bastante edad y pulcramente vestido, parecía distraerse con las mismas cosas que Lolita. Era uno de esos viejos finos y desocupados que se pasean por los jardines á las horas de sol y al anochecer por los boulevares ó las inmediaciones del Palais Royal. Este viejo usaba chistera y monóculo y tenía un labio inferior carnoso y de un rojo de sangre fresca: la roseta de la Legión de honor en la solapa de su levita, parecía un pedazo del labio.

Lolita advirtió la presencia de aquel hombre sin curiosidad, como algo que se atravesaba en su camino. La mirada del desconocido quiso como recoger la mirada indiferente de Lolita, como invitarla á un examen más atento. Y para esto el viejo pulcro sonreía y enseñaba unos dientes demasiado blancos y demasiado iguales... Lolita comprendió. Y toda roja y nerviosa cerró su libro, tomó su sombrilla y se dirigió hacia una de las puertas del jardín.

La siguieron unos pasos lentos sobre la arena. Lolita apresuró los suyos. Los del viejo se apresuraron también. Entonces Lolita tomó su partido: no volver la cabeza, no darse por enterada y seguir el camino de su casa tranquilamente.

Comenzaba á caer la tarde. Lolita entró

por la Avenida del Observatorio. Los pasos del viejo habían sido ahogados por los de la gente que se retiraba del jardín. Lolita siguió, siempre de prisa, por la solitaria calle de Denfert Rochereau, pensando que el desconocido se habría cansado de perseguirla.

En sus reflexiones se mezclaban el rubor y la melancolía. Jamás se había confesado á sí misma que sus paseos por el Luxemburgo obedecían á una secreta ansia de cambiar de vida, y que, candorosamente, había soñado con algún hombre recto y bondadoso que la hablase de amor.

Ahora la realidad le daba una respuesta irónica en la figura de aquel viejo conquistador que marchaba detrás de ella... No era el amor, sino el vicio lo que había encontrado en sus paseos románticos... En lugar del joven sencillo y honrado, el viejo rico y libidinoso... ¿A qué podían aspirar sus mejillas marchitas y sus ojos fatigados de solterona? Y lo que en ella, física y moralmente, se conservaba de virginidad y de candor, se volvía contra el destino. Porque Lolita se consideraba digna de inspirar una pasión, creyendo que su virtud era también una hermosura...

No volvería á pasear. La idea de parecer una aventurera, *une fille*, la ofendía en su dignidad y su pudor. Le daban ganas de llorar como una niña recordando la mirada del viejo tras el monóculo. ¿Y habría mujeres capaces?...

Estaba en la Plaza Denfert. Anochece. Irreflexivamente, movida por una curiosidad instintiva, volvió la cabeza... Allí estaba. El desconocido era incansable: marchaba á un paso rápido y seguro, de hombre joven. Lolita lo encontró elegante. «Debía de haber sido guapo». Y tenía, desde luego, un aspecto inconfundible de hombre de mundo y de dinero. Mademoi-

selle Lolita, sin advertirlo, comenzaba á juzgarlo con benevolencia, casi con simpatía. ¿Por qué no pensar que fuese una persona honrada? ¿Y por qué?...

Había anochecido. Mademoiselle Lolita cruzaba la Avenida de Orleans. En las terrazas de los cafés los hombres del barrio consumían sus aperitivos. Al pasar junto á las mesas se aspiraba el olor penetrante del ajeno. Las tiendas, iluminadas, se brindaban á satisfacer la vanidad y el apetito... Lolita vió pasar ante sus ojos las blusas de un escaparate, los sombreros de otro, hasta los fiambres y los dulces de una tienda de comestibles... Un cinematógrafo atraía á los paseantes. El espectáculo aquel, visto tantas veces, cobró para Lolita un sentido nuevo. Aquello era la vida y era la abundancia. Ella y su hermana vivían medio muertas... No vivían. No vivían. Y se tenía derecho á vivir... Ella, ella misma, Lolita, tenía un valor, tenía un encanto... Acababa de comprenderlo. ¿Por qué no?... ¿Por qué no?... Angustiosamente se detuvo frente á un escaparate y esperó... Esperó un momento, anonadada por su propia audacia, apoyándose contra la luna del escaparate de miedo á caer. Y sintió, al fin, sobre la nuca, el aliento tibio de una boca que murmuraba:
—*Mademoiselle... écoutez.*

Se volvió. Tras el monóculo una pupila dilatada sonreía. El labio rojo se fruncía para hablar. Lolita quiso huir... Una mano la detuvo.

—*Mais... écoutez... N'ayez pas peur...*

Mademoiselle Lolita, aterrorizada, consiguió huir. Y corrió, corrió materialmente, varios minutos, hasta que comprendió que se había salvado. Con una mano sobre el pecho, jadeante y escalofriada, entró en su casa. Subió las escaleras arrastrándose. ¡Qué miedo, qué vergüenza! ¡Pensar que había estado á punto de caer



... Mademoiselle Lolita, sentada á la sombra de los plátanos...

ignominiosamente en una aventura callejera!

Tenía cuarenta años y jamás había pensado en los hombres... Y las ansias de

vida aletargadas en el fondo de su ser, y la invitación á la vida de París, de aquel París seductor y monstruoso, se habían reunido para arrancarle lo único que le

quedaba: el honor... Naturalmente, con tantas emociones, Mademoiselle Lolita volvió á guardar cama. Y aunque Madame González le preguntó muchas veces «á que venía aquello» y «que le había pasado» jamás obtuvo respuesta satisfactoria de Lolita, que había de enterrar consigo el secreto de su aventura inconfesable...

IX

Una mañana la caja de zapatos estuvo á punto de romperse de emoción. Cuando menos se lo esperaban Madame González y Mademoiselle Lolita recibieron la visita de una antigua conocida: la Fortuna. La Fortuna venía en un sobre, con cinco sellos de lacre, desde la Habana. Venía envuelta en varios pliegos de papel y vestida de azul: era una letra del Banco Nacional de Cuba, contra el *Crédit Lyonnais*, á nombre de la señora Caridad Solórzano, viuda de González y por valor de treinta y ocho mil cuatrocientos cincuenta y seis francos. Los papelotes en que aparecía rebozada la fortuna, explicaban las causas y razones de su viaje.

Eran cuentas, inventarios y otros documentos, de todo lo cual se desprendía que el pleito sostenido por doña Caridad había concluido por una transacción. Los colitigantes de la viuda de González, cansados de enviar á ésta una pensión de cinco francos diarios á cuenta de sus pretendidos derechos, ofrecían un tanto alzado y de una vez para siempre, con ánimo de concluir... El apoderado de doña Caridad se ponía en razón y aceptaba... Tomaba con una mano el dinero y con la otra se lo enviaba á su representada.

Claro está que de una mano á otra el viaje había sido más largo y más costoso

que de la Habana á París. Entre la Habana y París hay el Océano, con sus ciclones y sus tempestades, y su poco de línea férrea—¡Dios nos libre del *Ouest-Etat!*—pero entro las dos manos de un procurador ó un abogado hay millares de abismos que sólo se tapan con dinero. Las cuentas que Madame González acababa de recibir eran muy detalladas y muy limpias.

Estaban escritas á máquina. Sólo que los conceptos se embrollaban y, en general, el lenguaje jurídico y mercantil de «aquellos papeluchos» tenía un sentido oculto, como los versos de Migoya, que las pobres cigarras, con la sorpresa y la alegría no se tomaron el trabajo de descifrar. Lo que hicieron fué vestirse á toda prisa, meterse en un automóvil de plaza y llegar al *Credit Lyonnais* casi muertas por la emoción y la impaciencia.

Dos horas después regresaban á la casa de la calle del Molino Verde con sus treinta y ocho billetes de mil francos, un puñado de monedas de oro y hasta una docena de cajas y paquetes, que contenían otras tantas compras... Las cigarras habían salido cantando del *Crédit Lyonnais*. Era el mes de Mayo. El boulevard embriagaba con sus puestos de flores y sus árboles revestidos de hojas nuevas.

Se oía hablar español por todas partes. Era el mes de los billetes de ida y vuelta, de las ferias y de las músicas militares. París, dispuesto á bostezar en el verano, exprimía los frutos de la primavera. Esta explosión de vida encontró á las cigarras con dinero en el bolsillo...

¡Oh, deseos contenidos, oh, sofocadas ansias de placeres honestos y apetitos pueriles!

Aquí, en el mismo boulevard des Italiens, el *pâte de foie-gras* de tres francos. la crema exquisita que todo París compra-

ba en aquella casa, que era un templo para los golosos. Más allá, *chez Bousièr*, ese ladrón, el paquete de bombones de quince francos. Después unas blusas y unos chales en la casa *Liberty*. Y, sin salir del boulevard, guantes y perfumes, zapatos y periódicos de modas, butacas para un teatro de los Campos Elíseos y flores: oscuras rosas de Francia, claveles de Niza y violetas, violetas, violetas...

Iban mareadas en el *taxi-auto*. ¡Cuanto soll! ¡Qué cielo más azul! ¡Cric-cric-cric!—cantaban las cigarras del mundo entero. —¡Cric-cric-cric!

::

La duda fué rápida: ¿Se mudarían de casa? No. No se mudarían. La caja de zapatos, además de que les iba bastante ancha, había sido muy buena con ellas, muy simpática... Cerca de nueve años habían vivido allí. Dos ó tres veces ellas mismas le habían blanqueado el techo y renovado, á trozos, el papel. La casa debía participar de la alegría de sus dueñas y sentir el cambio: se comprarían alfombras, algunos muebles y cortinas y una asistenta vendría por las mañanas á dar la cera, á sacudir el polvo, á frotar los dorados... No podría quejarse la caja de zapatos. Al loro, «aquella misma tarde» se le compraría una jaula nueva... Como la vida que comenzaba.

La duda fué rápida. ¿Ahorrarían? No. No ahorrarían. Iban á vivir, á calmar aquella sed de vivir que habían soportado cerca de nueve años. Iban á vengarse de la miseria... y á gastar, á gastar. ¿Después? En sus almas de cigarras, la verdad sea dicha, este «después» hallaba un eco debilísimo, casi nulo. ¿Después? Ya verían. Un nuevo pleito... Un trabajo cualquiera... Reflexionaban de prisa, volublemente,

como dos chiquillas. El poco dinero recibido les parecía un tesoro inextinguible. Aquella noche fueron á uno de los teatros de los Campos Elíseos, con los chales y las blusas y los zapatos comprados en el boulevard. Su contacto con el París alegre y gastador acabó por sorberles el seso.

Después del teatro fueron á Montmartre, donde no habían estado desde los tiempos de don Pancho, y pasaron, con sus tipos escuálidos y aristocráticos, por dos *lady*s excéntricas que se divertían á su manera entre las *cocottes* y los *noceurs*. Lo cierto es que, de pronto, los antiguos hábitos de riqueza despertaban en ellas, como de un sueño de la víspera. Lolita pidió fresas—diez francos la docena—y un champagne de dos luses botella. Y éste fué el punto de partida.

Al día siguiente se encargaron dos trajes sastres, de paño azul, ligeros y sencillos, en casa de Paquin. Eran mil seiscientos francos los dos. En casa de Bechof y David adquirieron *toilettes* de teatro; en casa de Madame Carlier, rue Royale, unos sombreros pequeñitos y unos muy grandes *chez* Madame Reboux, rue de la Paix. En junto, entre la Plaza Vendôme y la de la Opera, gastaron unos seis mil francos. Con cuatro mil más se adecentó la casita, se llenó el armario de ropa blanca y se adquirieron «mil cosas indispensables», de las que habían podido prescindir durante nueve años.

No volvieron á andar á pie. Ya estaba París lleno, plagado de automóviles de plaza. No había más que levantar el brazo para llamarlos. Lolita no ignoraba que los taxi-autos, como los hombres, tienen clases: los de bandera blanca son carísimos, para millonarios; los de bandera roja son burgueses, de un precio admisible; los de banderita azul son bohemios,

andan á tropezones y con el motor medio borracho, pero cuestan poco. Lolita acababa de olvidar todo su saber de antaño, cuando andaba por París como una hormiguita, tratando de ahorrar cinco céntimos en un gasto de quince.

¡No faltaba más! El primer automóvil que encontraban al salir de la casa la paseaba por París y por el Bosque y las esperaba «corriendo el contador», mientras tomaban su te en la *Cascada* ó su almuerzo en *Armenonville*.

Fueron á todos los teatros que no habían cerrado aún, muy bien peinadas, con penachos en el pelo y unos descotes que brindaban á los espectadores próximos á ellas lecciones de anatomía. No faltaron á la feria de Neully ni á las *carreías* de Auteuil, y en este mundo cosmopolita que comenzaban á frecuentar encontraron antiguos conocidos de la Habana, que las invitaban á tomar el te en los *Palaces* en que vivían.

Volvieron á pagar facturas terroríficas en casa de *Paillard* y de *Larue* y á satisfacer sus caprichos en los almacenes. Eran como dos presidiarios que recobraban la libertad, como dos hambrientos en las cocinas de un magnate. Volvieron á tener parásitos...

Lolita había olvidado sus íntimos anhelos de un *flirt* que amenizase su vida. París reclamaba todo su tiempo y jamás un hombre podría producirle, con sus falsas protestas de amor, las divinas emociones que París le proporcionaba... Porque París, tanto á ella como á Madame González, *les sabía* á cosa reconquistada.

Era como la salud y la fuerza después de las enfermedades largas. Tal vez los ciegos que recobran la vista tengan una sensación igual. Los nueve años de penuria producían esta temporada de bienestar,

porque la dicha suprema estaba en poder acordarse del pasado, como de un enemigo, y en reirse de él. ¡Qué gestecillo el de Lolita, hecho de ironía y de desdén, al pagar las cuentas y al dejar á cocheros, acomodadoras de teatro y mozos de restaurant, las propinas generosas! ¿Acaso, acaso, Mademoiselle Lolita no procedía á tontas y locas, sino siguiendo los derroteros de un plan? Misterio. Ello es que ambas hermanas dilapidaban sus últimos cartuchos entre cantos y risas. Y que el champagne helado las seducía de un modo tan eficaz, que una noche unos caballeros argentinos que frecuentaban *l'Abbaye de Téleme* tuvieron que conducir las á su casa.

Y llegó el mes de Julio. Todo el mundo se marchaba de París. Los amigos de Madame González y Lolita —españoles é hispano-americanos ricos—preparaban también sus maletas. Unos para Trouville, otros para las playas belgas ó el Norte de España.

—¿Y ustedes?—les preguntaban.

—¿Nosotras?—respondían. Y un momento afectaban reflexionar... ¡Ah, era cosa de pensarlo!

∴

El 15 de Julio de 1912, madame González y mademoiselle Lolita concluyeron de arruinarse por segunda vez... Un disfraz no ha sido nunca una transformación. Las cigarras no pudieron, no, pasar cantando «el verano entero». Cuando había más sol y era más azul el cielo; cuando era, en fin, más verano, los élitros estaban rotos y deshechos... Se había acabado la cuerda y era llegado el momento de enmudecer.

¡Oh, campos verdes, oh, luz, oh sol! De



... por dos "lady's", excéntricas que se divertían...

nuevo el silencio, las nostalgias, la sombra. ¿El hormiguero otra vez... otra vez? No... No... No...

El 16 de Julio de 1912 los periódicos de París aparecieron llenos de noticias y artículos sensacionales. Era uno de esos días de congestión informativa. Amenazas de Alemania, asuntos de Marruecos,

revoluciones en América del Sur, proezas de apaches, duelo entre escritores, accidentes mortales de aviación, escándalos de princesas y violinistas, de reyes en el destierro y estrellas de «varietés». La crónica negra y la crónica verde ocupando todas las columnas de todos los periódicos. En el *Matin*, entre las *nouvelles en*

trois lignes, leímos unos pocos curiosos, aquel día, la siguiente:

lation véné Sois art. 2	Rue du Moulin Vert, 42, deux cubines réduites à la moitié, mesdames Gonzalez, s'asphyxièrent avec le gaz. Leur corps fut été conduit à la Morgue	Non rattaché petite
----------------------------------	--	---------------------------

■ ■

Era el epitafio de París, esa ciudad, ese monstruo, á dos de sus víctimas más inocentes. Yo, que traté un poco á doña Caridad y á Lolita—restituyámosles ya sus nombres nacionales—, hubiera ido á la Morgue á decirles adiós. Pero la entrada en la Morgue yo no es pública. El juzgado selló la caja de zapatos y un guardia envolvió en un periódico el cadáver del

loro, que se había asfixiado también. Varios cubanos y españoles conseguimos, con una suscripción entre nosotros, que doña Caridad y Lolita fueran á reposar en sepultura propia. Migoya, ese facineroso, estaba en el cementerio aquella tarde; vaya usted á saber si con una elegía en el bolsillo. Tula depositó sobre la sepultura de «sus amigas» una corona de rosas blancas. Y yo, que no dejo de ser sentimental, me prometí á mí mismo hinchar aquellas tres líneas del *Matin* hasta que adquiriesen las proporciones de una novelita. He cumplido mi promesa, que es también un desagravio. Un Balzac ó un Galdós merecían doña Caridad y Lolita como biógrafos... Las pobres cigarras, las pobres...

Alberto Insua



LUIS DE VAL

Se publicará en breve

BELMONTE

EL TORERO DEL DIA

(SU VIDA Y SU ARTE)

por GOMEZ-HIDALGO

Con ilustraciones y portada á tres tintas de RICARDO MARIN

50 CÉNTIMOS

EL LIBRO POPULAR, nacido para hacer asequibles, en condiciones de economía, las producciones de los escritores de más fama, publicará en su próximo número, una novela inédita de Luis de Val, titulada *El obstáculo*.

La figura de Luis de Val es una de las más interesantes de la literatura contemporánea. Nacida á las letras en pleno éxito de la novela por entregas, en la que entonces alcanzaban la mayor gloria Fernández y González y Pérez Escrich, Luis de Val se dedicó á este género, y como los que entonces tomara por maestros, logró rápidamente popularidad y fué un poeta y un creador maravilloso.

Entre los escritores jóvenes, se pronuncia y se oye siempre con simpatía el nombre de Val. Todos ellos han leído sus libros; algunos se iniciaron leyéndoles...

El famoso novelista, joven todavía, está alejado de la literatura. Pero no por cansancio, ciertamente. Su novela *El obstáculo*, fina, complicada, interesantísima, escrita recientemente en Barcelona, donde reside Val, muestra su gran fantasía y su habilidad de siempre.

A buen seguro que los antiguos lectores de Luis de Val la leerán con agrado. Y si del género que admiraban entonces, en las novelas por entregas, al que ahora se cultiva en la novela moderna, más ligera, tal vez más exquisita, hallan diferencia, verán que el célebre escritor, ha sabido evolucionar y cultivar con la misma habilidad los dos géneros.

¡¡IMPRESORES!!

Máquina plana, para papel 70 por 100, que tire á la vez dos tintas, se desea adquirir.

Proposiciones por escrito,
al Director de EL LIBRO
POPULAR, Madrid. - -

EL DOMINGO 27 DE ABRIL, APARECERA EL PRIMER NUMERO DE

CRONICA DEL CRIMEN

PUBLICACION GRAFICA

16 grandes páginas

5 CENTIMOS



109905616027

El Libro Popular

Revista Literaria

Que publica todos los martes una novela
ilustrada, completa y rigurosamente inédita

Director: F. GOMEZ HIDALGO

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. *El hampón*, por Joaquín Dicenta.
2. *El milagro*, por Vicente Blasco Ibáñez.
3. *El retorno*, por Antonio de Hoyos y Vinent.
4. *Flérida*, por Cristóbal de Castro.
5. *El amor de Doria*, por R. López de Haro.
6. *Del abismo, al amor*, por Benigno Varela.
7. *Su Majestad*, por José Francés.
8. *La intrusa*, por Manuel Bueno.
9. *La araña*, por Ramón Pérez de Ayala.
10. *El ruso*, por Ramón Gómez de la Serna.
11. *A los treinta años*, por Eduardo Zamacois.
12. *La primera de abono*, por Antonio de Hoyos y Vinent.
13. *Los piratas de los barrios bajos*, por Eugenio Noel.
14. *Chamberí*, por Fuencarral, por Pedro de Répide.
15. *Mi Dulcinea*, por Carlos Miranda.
16. *Tres líneas del «Matin»*, por Alberto Insúa.

En el número próximo se publicará

EL OBSTACULO

Novela por LUIS DE VAL

SUBVIRÁN:

- El caballo blanco*, por J. Francos Rodriguez.
- El libro de las cacerías*, por Rodrigo Soriano.
- El robo de la joyería de la calle Real*, por Eduardo Barriobero.
- Así*, por el Doctor Wilde, ministro de la Argentina en España.
- El nene de la casa*, por Angel Guimerá.
- Mamá Jesusa*, por Antonio Zozaya.
- La piel*, por A. Hernández Catá.

PRIMOROSAMENTE ENCUADERNADAS, CON LUJOSAS TAPAS,
ACABAN DE PONERSE A LA VENTA COLECCIONES DE «EL LIBRO POPU-
LAR» EN 1912, QUE CONTIENEN VEINTICINCO NOVELAS DE LOS SEÑORES

Joaquín Dicenta - Condesa de Pardo Bazán - Luis Morote - Antonio de Hoyos - Carlos Miranda - Antonio Zo-
zaya - Emilio Carrere - Antonio Dominguez - Felipe Trigo - Carmen de Burgos - Sinesio Delgado - López de
Haro - Antonio Viérgol - Eduardo Zamacois - Gómez Carrillo - Asensio Más - Fernandez Villegas - El duende
de la Colegiata - Eugenio Noel - Jose Francés - Ange. Guerra - Pedro Mata - Colombine - Javier Bueno.

Precio de la colección encuadernada: 7 ptas.
Tapas sueltas para encuadernar: 1,50 ptas.

MADRID
P.º de las Belcías, 60

PARIS
Bd. Saint Germain, 168

B. AIRES
Estados Unidos, 2065

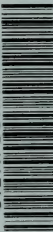
M.
07.86

**PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET**

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6617
N8T7
1913
C.1
ROBA

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 06 19 04 041 6